

generales de la creación indignos, en verdad, de la sabiduría ni de la magestad de Dios, ¿por qué lo habían de ser los hechos particulares? ¿Por qué había de haber menos magestad en decir á un hombre muerto: *Sal del sepulcro*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplicate*? Así, pues, la posibilidad y la conveniencia del milagro, se halla demostrada racionalmente con relacion á esa inflexibilidad del regimen general de la naturaleza, que se le opone de un modo sofisticado.

Voy mas lejos. No admito que se tenga sobre el milagro esa sospecha de inverosimilitud que resultaria de ser opuesto á las leyes de la naturaleza. No concedo que sea necesario á él el orden natural y humano. El milagro está *sobre* el orden natural y fuera de él; el milagro es, así como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural* (1). No se opone á él el orden natural, y aun puede decirse que aspira á él, como á un estado superior; solo que es *incapaz* de él. En este sentido convendré, y aun tendré que recordar en breve á mis adversarios que lo hayan olvidado, que el milagro no solamente es improbable, sino absolutamente *imposible* dentro de el orden natural.

Pero segun el orden *sobrenatural*, es el milagro posible, conveniente y aun probable. Está *en el orden*; en el orden sobrenatural: hállase también en armonía superior con el orden natural, en cuanto se halla preordenado este orden por el sobrenatural y en cuanto se refiere á él. En el Evangelio tenemos un resplandor de esta hermosa verdad. Al ir á verificar el Salvador el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento, dijo á sus discipulos que le preguntaban por qué había nacido ciego aquel hombre: "No es por causa de sus pecados ni de los de sus padres, sino *para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él*." Así, hé aquí un hecho sobrenatural, la ceguera de este hombre, cuya razon de ser, cuya causa final era el milagro de su curacion. Así aparece también en aquellas palabras del Salvador sobre la enfermedad de Lázaro: "Esta enfermedad no es mortal sino *para gloria de Dios, para que el hijo de Dios sea glorificado por ella*. (Juan XI, 4.)" Así es respecto de todos los milagros, y todo el orden natural, si nos fuera posible verlo, se nos apareceria gravitando de esta suerte hácia el orden sobre natural del milagro. ¿Y no se halla la historia de todo el género humano en la del ciego de nacimiento? El género humano era como un solo hombre ciego, cuando fué á visitarle el Hijo de Dios. ¿Para qué había llegado á ese estado espantoso de ceguera y corrupcion que nos presenta el mundo pagano, sino para que *las obras del poder de Dios se manifiesten en él*; y no se lamenta del poder, sino del amor? Allí está como la ley de la historia enteramente *incomprensible sin Jesus*, segun dice M. Renan, gravitando al rededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo.

En vista de este centro que rige toda su economía, se ha manifestado siempre el orden sobrenatural en el mundo, y siempre por medio del milagro. El estado del hombre inocente, era un estado constante de milagro. La vida profética de todo un pueblo en el mundo, no fué mas que una serie de milagros, desde la caída, hasta el milagro por excelencia: DIOS HECHO

(1) Véase la nota del Censor al fin del tomo.

HOMBRE, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatacion del orden sobrenatural, del solo pueblo judío por todo el universo, y su perpetuidad victoriosa y maravillosa en la Iglesia, prolongándose á nuestra vista en el porvenir.

Véase, pues, que el orden sobrenatural tiene su régimen general de fenómenos como el orden natural, y lejos de chocar entre sí estos dos órdenes, se encadenan subordinándose en la armonía mas magnífica. En su consecuencia, el milagro no es una monstruosidad contra la que haya que ponerse en guardia, y menos aun una imposibilidad que tenga contra sí la naturaleza y la historia. Tiene á su favor, en principio, el poder y el amor de Dios inclinado á darse á los hombres; en hecho, la historia de la Religion desde el origen del mundo, cuyas revoluciones domina.

¿Es esto decir que no sea el milagro una cosa extraordinaria, insólita, árdua, y que deba creerse ligeramente todo lo relativo á milagros? Lejos de esto, es necesario experimentarlo todo, por respeto, no digo solo á la razon, sino á la fé, que salva en esto á la razon de todos los extravíos de la credulidad, como se ha visto en todos los siglos. Pero es necesario experimentarlo todo con propension á creer en el amor de Dios y en sus prodigios. Será una prevencion si se quiere, pero una prevencion legítima y bien aplicada, que no dispensa de la crítica, pero que la hace mas conforme á su objeto, mas filosófica en el verdadero y buen sentido de la palabra. Estar prevenido favorablemente respecto de un amor que nos ha dado ya tantas prendas y seguridades, no es mas que un acto de justicia.

III.

Hémos aquí bien lejos de M. Renan, tanto como él lo está de la verdad. El no vé en el milagro sino lo que no hay en él: una cuestion de química y de física, un prestigio ó una ilusion de Hume, una suerte á lo Roberto Houdin. Y no vé nada de lo que hay en él; un fenómeno moral y religioso, un testimonio de amor divino en la fé del hombre, que tiene su foco en la union de este amor y de esta fé. ¿Concibese que se dé un testimonio de amor á la impiedad y al odio; y que se envilezca este soberano Amor hasta darse á sí mismo en espectáculo á sus enemigos? No hay un milagro del Salvador que no haya sido determinado por la fé de los que han sido su objeto, y que no haya tenido por consideracion esta frase: *vuestra fé os ha salvado*; y es de observar que CRISTO no hizo ya milagros cuando estuvo en manos de los escribas y de los fariseos, y cuando compareció ante Pilatos y ante Herodes. Delante de este último, sobre todo, que esperaba verle hacer algun milagro para saciar su curiosidad, no contestó nada Jesus á las diversas demandas que con este objeto se le dirigieron. Nadie hay que no comprenda la dignidad de este divino silencio. Solo M. Renan vé en él únicamente una prudente prevision. *Jesus, dice, se guardó bien de extraviarse en un mundo irreligioso, y guardó para los sencillos los medios que solo eran buenos para ellos* (1).

(1) *Vida de Jesus*, p. 322.

De esta falta de inteligencia del milagro ha brotado en el cerebro de M. Renan la idea de su *comision* de fisiólogos, de físicos, de químicos y de críticos, que deben escoger el cadáver, preparar la sala donde debe verificarse el experimento de un milagro de resurreccion, y reglamentar todo el sistema de precauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna. Supone "que se presenta un taumaturgo con garantías bastante formales ó aceptables para ser admitido á discusion, y que se *anuncia* como pudiendo resucitar á un muerto." No vé que un taumaturgo que se *presenta* y que se *anuncia*, no puede ser mas que un embaucador. No comprende que no teniendo el taumaturgo este poder en sí mismo, y no recibéndole sino de Dios, por disposiciones y con un objeto dignos de la santidad y de la sabiduría infinitas, sería esta santidad y esta sabiduría la que tendría que hacer sus pruebas ante esta comision de escribas y fariseos, á quienes no bastan las pruebas que han convertido al género humano, y que volvería á principiar el drama del pretorio y del Calvario, si tuviera que inmolarse otra vez el Amor eterno. ¡Mas les vale que no vuelva! Porque entonces si que sucedería que "aquellos dardos de elevado sarcasmo, comparados á los cuales los de Sócrates y de Molière no hacen mas que rozar la piel, vendría á inscribirse en «letras de fuego en su carne hipócrita, y llevaría el fuego y la rabia hasta el «fondo de sus huesos (1)." Entonces reconocerian á Dios en estos dardos, mas que el milagro.

Y no obstante, no es lo que mas choca la idea de una comision en sí misma. Esta idea es excelente y solo tendría el defecto de ser algo atrasada, si no fuese un plagio.

Y en efecto, leemos en el Evangelio que "subiendo Jesus á una eminencia, llamó á sí á los doce que el habia escogido para estar con él y para «ser sus testigos en Jerusalem, en Judea y en Samaria, y hasta en los confines de la tierra y hasta la consumacion de los tiempos (2)." Hé aquí la gran comision que no ha cesado de funcionar desde entonces; comision permanente de la Iglesia, siempre vigilante para afianzar á la credulidad humana contra las falsas doctrinas y los milagros falsos, y para afianzar la verdadera doctrina y los verdaderos milagros contra la incredulidad; doble garantía que debe presentar toda comision que tenga por objeto la verdad (3).

(1) *Vida de Jesus*, p. 334.

(2) Marc. III, 12.—Actas, I, 8.

(3) Hallándose en Roma un caballero inglés protestante, le dió á leer un prelado amigo suyo, una informacion que contenia la prueba de muchos milagros. Despues de haberla leído con suma atencion, dijo volviéndosele: "Si todos los milagros que se admiten en la Iglesia romana estuviesen justificados con pruebas tan evidentes como estas, no tendríamos dificultad alguna en suscribir á ellos.—¡Pues bien! contestó el prelado, de todos estos milagros que os parecen tan verídicos, ninguno ha sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos creído suficientemente probados." Admirado el protestante de esta respuesta, confesó que solo una ciega prevision podia combatir la canonizacion de los Santos, y que él no se habia figurado nunca que llevara tan lejos su atencion la Iglesia romana en el exámen que hacia de los milagros.

No critico, pues, la idea de una comision, sino la falta de toda precaucion necesaria para no dejar penetrar error alguno en esta comision que presenta M. Renan. Porque, en efecto, M. Renan que toma tantas precauciones contra Dios, ha olvidado enteramente tomarlas contra el hombre, contra el hombre que es precisamente el sugeto del error. Es verdad que elige fisiólogos, físicos, químicos y críticos.

Mas no por ser uno sabio,
Deja nunca de ser hombre.

No por haber creído en la religion y no creer ya en ella, deja de haber capacidad para la prevencion, el partido sistemático y el resentimiento. Nada de esto se nota seguramente en los escritos de M. Renan; pero en fin, la humanidad es débil, y cuando se trata de un interés tan grande como la fé del género humano, es preciso preverlo todo. Es forzoso asegurarse de que, como dice Papias de nuestros Evangelios, solo tenga un cuidado la comision, el de no omitir nada de lo que ocurra y que no se mezcle falsedad alguna.

Por eso yo propondria una enmienda al proyecto de esa comision.

Esta enmienda tendría tres artículos.

El primero, que comenzaran los miembros de la comision, ante todo, deponiendo todo interés personal, sus honorarios, sus derechos de autores, sus prebendas, etc., así como dejó San Lucas su clientela, San Mateo su banco y San Juan sus redes.

El segundo, que sellaran su testimonio con su sangre, y se dejaran degollar por sostenerlo.

El tercero, en fin, que pudiera asistir todo el mundo á la prueba ó experimentos: "Ni la clase del pueblo, ni la gente de mundo, son competentes «para esto (1)," dice M. Renan con un desden soberbio en demasía. Nosotros no pensamos como M. Renan. Por el contrario, creemos que el gran jurado en esta materia es el público, y que aqui viene bien el adagio: *vox populi, vox Dei*. Despues de todo, para saber si está bien muerto un hombre, si hace tres dias que se le ha enterrado y si huele mal, valen tanto como un químico que jamas le ha visto, sus parientes, sus vecinos, su pueblo y el olfato de un lugareño vale tanto como el de un crítico. Yo digo, como Voltaire, "que me diga una compañía de granaderos unánimemente: *acabamos «de ver un milagro*, y creeré en el milagro." Porque confieso francamente que sería para mí sospechosa la comision estando sola y encerrada en una sala. ¿No son conocidas las prevenciones de los sabios contra las cosas superiores á ellos? ¿Cuántas verdades recorren el mundo que no han podido forzar aun las puertas del Instituto para entrar en él! ¿Qué sería, pues, para salir? Por lo demas, M. Renan nos da anticipadamente la medida de lo que sería necesario para esto. ¿No acaba de decirnos que, si habiéndose escogido bien el cadáver por la comision y reconocido como real y efectiva su muerte, designado el local y bien reglamentado todo el sistema de las pre-

(1) *Vida de Jesus*, introd. p. L.

cauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna, se verificara la resurreccion con tales condiciones, no habria mas que una *probabilidad* (sin duda porque puede ser la resurreccion de un muerto obra de casualidad), pero que deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, en otros cadáveres y ante otro concurso, sin designar el número de estos experimentos, al fin de los cuales, habiéndose disminuido el interés y la sensacion del milagro á causa de su repeticion, no dejaria de decir, con M. Scherer, que era un fenómeno natural?

¡Hasta qué punto puede la incredulidad hacer desbarbar á la razon! No sucede así respecto del pueblo, que siempre será el gran depósito del buen sentido. Por esto el cristianismo ha querido siempre tenerle por testigo, sin excluir á los sabios y á los testigos escogidos. Toda la familia humana ha podido asistir á los milagros de la bondad de su Dios. Jesus hacia sus milagros en los campos de Judea, por los caminos y las plazas á la luz del sol y de la publicidad, y ha sido injusto M. Proudhon al decir que solo los presenciaron testigos *privilegiados*; esto va dirigido únicamente á M. Renan. Es cierto que Jesus escogia testigos para consignar y publicar á lo lejos estas maravillas; pero estos testigos se apoyaban en el gran testimonio de la multitud que habia sido objeto de ellos.

Con estas condiciones, y modificada de esta suerte, suscribiriamos á la comision de M. Renan.

Pero ¿quién no vé que entonces no seria mas que una superfectacion de la comision evangélica y apostólica, y que en tal caso debemos atenernos á esta, al menos hasta nueva orden? Porque, en fin, San Lucas bien vale lo que el colega de M. Renan, M. Littré; San Mateo y San Marcos nos ofrecen tanta garantía como M. Scherer y M. Havet; y en cuanto á San Juan, aunque no renegó de Dios, aunque encaneció en la caridad y lo destrozó el martirio, puede bien aceptarse por M. Renan. ¿Qué será, pues, si llegamos á agregar á estos San Pedro, San Pablo, Santiago, San Judas, San Estévan, y todos los apóstoles, y todos los discípulos, y todos los confesores, y todos los mártires, cuyas epístolas, cuyos hechos, cuya vida y muerte son otros tantos testimonios de los milagros, son otros tantos milagros! ¡Y los pueblos y las ciudades y el mundo convertidos, y que volvieron del culto de Serapis y de Vénus al de la Cruz! ¡Y el universo romano convertido en el universo cristiano á fuerza de milagros, ó lo que seria aun mas milagroso, sin milagros! ¡Y la Iglesia, en fin, saliendo de este milagro de milagros, y perpetuándolo desde hace diez y ocho siglos con el prodigio de la mayor debilidad que gasta todas las fuerzas de la tierra y del infierno, haciendo brillar con esto las del cielo! ¡Qué masa de milagros y de testimonios del milagro! ¡En qué viene á parar al lado de esto el proyecto de comision de M. Renan! Para semejantes experimentos, no hubiera sido suficiente una sala del Instituto; ha sido necesaria la tierra, han sido necesarios los cielos.

IV.

Así es que no puede resistir M. Renan, y abrumado, perseguido por la

evidencia, va á refugiarse á un expediente que jamas se adivinaria, cuya salida viene á abrirle caritativamente M. Scherer compadecido de su embarazo.

M. Renan, que tanto nos ha opuesto la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, la ciencia experimental de la naturaleza, excluyendo hasta la posibilidad del milagro, viene á hacer plegarse este régimen y esta experiencia hasta dar en sí cabida al milagro, como un acto puramente natural.

Ya hemos visto, en efecto, que despues de haber pretendido que la prediccion de la ruina del templo por JESUCRISTO es tan milagrosa por su precision ó exactitud, que era absolutamente necesario que se hubiese hecho despues del acontecimiento, no pudiendo sostener esta última asercion, en vista de la fecha de los tres Evangelios que refieren esta profecía, no vé en ella mas que un acto de pura perspicacia. Mas aun, M. Renan explica naturalmente las prodigiosas profecias del Antiguo Testamento, que nos hacen ver claramente, con anticipacion de dos, cinco, ocho y aun veinte siglos, los acontecimientos mas inimaginables, "gracias á una especie de sentido profético que hace instantáneamente al semita maravillosamente apto para ver «los grandes lineamientos del porvenir." Generalizando M. Scherer este expediente, invita á M. Renan á no apurarse tanto con los milagros y á librarse de ellos por medio de la presuncion de que, hasta prueba en contrario, debe *tenerse por natural* la causa de todo fenómeno que se dice milagro, sin exceptuar la resurreccion de un muerto.

Así pues, estos señores oponen osadamente al hecho del milagro, mientras creen poder negarlo, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza. Pero llega á probarse el milagro, y entonces se libran ó evaden de su carácter sobrenatural con la inflexibilidad de este mismo régimen que se abre, por decirlo así, como una válvula por donde desaparece el mayor milagro. Así pues, les obedece la naturaleza como á verdaderos mágicos, llegando á ser exclusiva ó capaz de los mayores milagros, á proporcion del interés que tienen en ello.

No obstante, M. Renan comprende que este puede ser un recurso para los casos extremos, pero que no puede abusarse de él, y que es preciso saber abordar atrevidamente el milagro, al menos por una vez, y medir sus fuerzas con él en su propio terreno, cual es la autenticidad del Evangelio.

Esto es lo que trata de hacer explicando la resurreccion de Lázaro, con grande espanto de M. Havet y de M. Scherer, que se contrista al verle exponerse á ello. "Este pasaje del volumen de M. Renan, dice M. Scherer, va á ser, segun *puede preverse*, el punto de mira de las declamaciones. No «dejarán de triunfar los enemigos del autor, de un procedimiento que les «parecerá atacar la santidad de la historia sagrada (1)."

¿Cómo es que M. Scherer, que *juza* este procedimiento como nosotros, que prevé que lo juzgaremos como él, y que no es seguramente *enemigo del autor*, imputa á enemistad personal este mismo juicio por parte nuestra; y cómo es que llama *declamacion* en nosotros, lo que en él es convic-

(1) Periódico el *Tiempo* del 14 de Julio de 4863.

ción? ¡Cómo si nos fuese menos querida que á él la *santidad de la historia sagrada*, y fuéramos solamente sensibles, por odio preconcebido contra M. Renan, al honor de JESUCRISTO! En cuanto á triunfar de la incredulidad, nos hallamos sobrado habituados á ello para abusar de esta circunstancia de nuestro triunfo. Seremos generosos, limitándonos á citar sus pasajes, si bien acompañándolos con algunas notas. Su enemigo, en este caso, lo es él mismo, y creemos que no podría tenerlo mas encarnizado. Pero séanos permitido antes hacer la sencilla observación, de que M. Renan, con la explicación de un milagro del Evangelio, como modelo de todos los demas, suministra una clase de prueba que deseábamos hace largo tiempo, á saber: la de mostrar con el exámen inverso de la verdad de los hechos evangélicos, que es tal esta verdad, que no deja á quien rehuse admitirla, otro partido que las increíbles puerilidades y los miserables vilipendios que vamos á ver.

“Jesus volvió á su morada querida de Bethania, donde aconteció un hecho *singular* que parece haber tenido consecuencias decisivas sobre el fin de su vida. Cansados de la mala acogida que tenia en la capital el reino de Dios, *deseaban* los amigos de Jesus *un gran milagro que causara vivamente impresion á la incredulidad hierosolomita* (1). Debió parecer lo mas conveniente para ello la resurrección de un hombre muerto conocido en Jerusalem. Aquí debemos recordar que la *condición esencial de la verdadera crítica*; es comprender la diversidad de tiempos, y *despojarse de las repugnancias instintivas, que son fruto de una educación puramente racional* (2). Es preciso *recordar* también, que en aquella ciudad impura de Jerusalem, no era ya Jesus el mismo, habiendo perdido algo de su limpieza primordial su conciencia, por culpa de los hombres y no por la suya. Apurado y hostigado de continuo, no obraba ya por sí mismo: imponiásele su misión y él obedecía al torrente. Y como acontece siempre en las grandes carreras divinas, toleraba ó se veía impulsado á hacer los milagros que exigía de él la opinión, mas bien que los operaba espontáneamente (3).

(1) ¿De dónde ha sacado esto nuestro crítico? ¿Hay nada en el Evangelio que tenga relación con ello próxima ni remotamente, aun *solicitando* ó *acariciando* los textos *suave* ó *violentamente*?

(2) ¡Cándida confesión! La *condición esencial de la verdadera crítica*, es desprenderse de las repugnancias instintivas del sentido común; precaución reclamada por lo que va á seguir.

(3) Todas estas cautelosas insinuaciones son seguramente mas irritantes que el fin á que van á parar, á saber: que Jesus era un impostor. Pero se aplaca todo sentimiento de indignación ante la reflexión de que el Jesus de que aquí se trata, no es el del Evangelio, sino el de M. Renan, el cual solo puede ser capaz de impostura. Sobre esto basta *recordar*, como él dice, lo que precede en la *Vida de Jesus*. En cuanto al del Evangelio, si se le quiere hallar, no hay mas que considerarlo á la inversa de aquel. Si hay algo que admire en efecto en el milagro de la resurrección de Lázaro, es la tranquila, serena, conmovedora y divina iniciativa de la bondad de Jesus en el desconcierto y abatimiento de cuanto le rodeaba. Este es quizá el único milagro que no se le demandó, lejos de habersele impuesto; el milagro mas personal, y si es permitido hablar así, el milagro de la amistad. ¡Oh! ¡cuán desdichada es una alma que disfraza así en innoble lo divino!

«Es imposible decidir á la distancia en que nos hallamos, y en vista de un solo texto que ofrece señales evidentes de artificios, de confabulación (1) si es todo ficción en el caso presente, ó sirvió un hecho acontecido en Bethania de base á los rumores que se divulgaron. Es preciso reconocer, no obstante, que el giro del relato de Juan, tiene algo profundamente diferente de los relatos de milagros, fruto de la imaginación popular de que estaban llenos los sinópticos. Añádase á esto que Juan es el único evangelista que tenga conocimiento exacto de las relaciones de Jesus con la familia de Bethania, y que no es comprensible que se hubiera introducido una invención popular en un cuadro de recuerdos tan personales. Es, pues, verosímil que el prodigio de que se trata, no fué uno de esos milagros completamente legendarios y de que nadie fuera responsable. *En otros términos*, creemos que pasó en Bethania algo que se consideró como una resurrección (2).

“La fama atribuía ya á Jesus dos ó tres hechos de esta clase (3). La familia de Bethania pudo ser inducida *casi sin advertirlo* á prestarse al acto importante que se deseaba. Adoraba á Jesus. Parece que se hallaba enfermo Lázaro y que Jesus dejó la Perea á causa de un mensaje que le enviaron las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada pudo hacer volver á Lázaro á la vida. Tal vez también el vivo deseo de acallar á los que negaban, ultrajando la misión divina de su amigo, impulsó á estas personas apasionadas á traspasar toda clase de límites. Tal vez, Lázaro pálido aun, á causa de su enfermedad, se hiciera ligar con fajas como un muerto y encerrar en su sepulcro de familia. Marta y María saldrían á esperar á Jesus y sin dejarle entrar en Bethania, le conducirían á la gruta. La emoción que experimentó Jesus al ver el sepulcro de su amigo á quien creía muerto, pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompañaba á los milagros; y queriendo la opinión popular que fuera la virtud divina en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo, deseó Jesus (siguiendo la hipótesis arriba enunciada) ver otra vez al que había amado, y habiéndose quitado la piedra, *salió Lázaro envuelto en las fajas y rodeada la cabeza de un sudario* (4). Esta aparición debió naturalmente considerarse por *todo el mundo* como una resurrección (5). La fé no conoce otra ley que el interés de lo que cree verdadero. Siendo

(1) M. Renan vé por todas partes artificios, amaños y confabulaciones, como hombre práctico en ellos: así como un hombre de buena suerte vé por do quiera virtudes frágiles.

(2) *En otros términos*, yo hubiera querido poder negar el milagro, pero me es forzoso confesarlo, y no me queda mas recurso que explicarlo á mi manera.

(3) Aquí, la fama es el Evangelio, tan digno de fé en S. Mateo, en S. Marcos, en S. Lucas como en S. Juan.

(4) M. Renan se olvida de decir que Lázaro llevó la burla hasta permanecer cuatro días en el sepulcro y oler mal. *Jam fœtet, quatruiduanus est enim.*

(5) ¡Es naturalmente tan necio *todo el mundo*, excepto los químicos, los físicos, los fisiologistas y los críticos!.... ¡y Lázaro que por sí solo tenia mas inteligencia que *todo el mundo*.